

“La batería de la columna se situará en el lugar que estime conveniente el jefe de ella, disparando dicha batería veintiún tiros al depositarse el cadáver del ilustre Presidente, C. Benito Juárez, en su sepulcro.

“De orden superior.—*Alcérreca*.—Comunicada.—*Fernández*.”

Sobre los funerales, dijo el *Diario Oficial*, al día siguiente de verificados:

“Todo ha concluído.

“Ayer han quedado colocados en la última morada los venerandos restos del que durante quince años estuvo rigiendo, entre las mayores vicisitudes y los combates más rudos, los destinos de la Nación.

“El pueblo de la capital cumplió su deber postrero para con el gran patriota que le salvó tantas veces del error, de la anarquía y del oscurantismo.

“Desde las primeras horas del día de ayer, comenzaron á llenarse las calles de personas de todas clases, al grado de que á las ocho apenas se podía dar un paso en los lugares por donde había de pasar el fúnebre cortejo.

“El pueblo se agolpaba á las puertas de Palacio queriendo dirigir una última mirada al cadáver, y mientras tanto iban llegando á los corredores del mismo Palacio, con el objeto de asistir á la ceremonia, todos los ciudadanos que en México tienen alguna significación social ó política.

“Poco después de las nueve fueron colocados los restos del Sr. Juárez en una sencilla pero decente caja de caoba, y se dió la señal de marcha. Muchas personas estaban visiblemente enterrecidas.

“Los salones donde tantas ocasiones habían resonado los pasos y la voz del Sr. Juárez, quedaron bien pronto desiertos.

“En hombros de varios soldados fué bajada la caja que contenía el cadáver, y en seguida fué colocada en el carro mortuario que esperaba en el patio principal de Palacio, y cuyo carro, adornado de negro y oro, y además con los signos masónicos, era tirado por tres parejas de caballos blancos, cubiertos con paños de luto.

“El Señor Comandante Militar de la Plaza comenzó á ordenar la procesión en la forma dispuesta en la orden general que publicamos en nuestro número del lunes, y conforme á las preveniciones, que también dimos oportunamente, del Gobierno del Distrito Federal.

“Abrió la marcha la escuadra de batidores del 2º cuerpo de caballería. Después seguían los empleados de la Federación, numerosas personas invitadas, comisiones de todas las sociedades científicas y literarias, representantes de las colonias extranjeras, las escuelas municipales y nacionales, los masones, los jueces y los generales y oficiales del Ejército, todos presididos por el Ayuntamiento.

“Aquí llegábamos cuando hemos recibido la visita de nuestro colega el *Federalista*, que, como siempre, ha dado pruebas en esta ocasión de publicar con oportunidad y con muchos detalles sus noticias.

“Más adelante reproduciremos el artículo descriptivo de ese periódico; pero antes debemos añadir algunas palabras acerca de la impresión que nos causó la vista de las calles de Plateros y San Francisco.

“A las diez estaba la mañana bastante nublada, y esta circunstancia permitía apreciar al entrar por la primera calle de Plateros, toda la suntuosidad de la perspectiva. Las calles, los balcones, las azoteas se hallaban completamente llenos de gente; pero no era esto lo que le daba más importancia al espectáculo, sino las señales de duelo y respeto que se veían por todas partes.

“Todos los balcones de la extensa avenida estaban cubiertos con ricas colgaduras blancas y negras, ó de los colores nacionales. Llamaron la atención la casa que ocupa la empresa del Ferrocarril Mexicano, la “Concordia,” el Casino alemán, el hotel Iturbide y la casa del Sr. Peistal,

sastre que fué del Sr. Juárez. En el edificio que habita el colegio católico, en una de las calles de San Francisco, había colocadas también modestas señales de sentimiento. El señor dentista Harris puso hacia la calle un gran cuadro, convenientemente adornado, con el retrato del Sr. Juárez, y Mr. Clarke colocó en sus balcones las banderas mexicana y americana, con lazos de luto en los extremos de un letrero en que se leía: “Las Dos Repúblicas.”

“Para terminar, diremos que, concluida la fúnebre ceremonia, todos los cocheros de Palacio que habían acompañado al Sr. Juárez en su peregrinación de Paso del Norte, se presentaron en la casa que ocupa la familia del difunto Presidente, y abrazaron con los ojos inundados de lágrimas al Sr. D. Pedro Santacilia. Como es bien fácil de suponer, aquella escena fué extraordinariamente conmovedora.

“Hubo de notable en la ceremonia que varios individuos del pueblo quisieron quitar los caballos del carruaje en que iba el cadáver, para que el carro fuera arrastrado por la afectada multitud; pero las autoridades no lo consintieron.

“Concluídos los discursos que se pronunciaron en San Fernando, el ciudadano Gobernador de Palacio entregó la llave de la caja que contenían los restos del Sr. Juárez, al Sr. Lafragua, y este funcionario dijo en seguida:

“Queda depositada esta llave, según la ley, en el archivo del Ministerio de Relaciones.”

*El Federalista* publicó esta descripción:

“Desde las ocho de la mañana, la plaza de la Constitución era invadida, lo mismo que las calles que debía recorrer la comitiva fúnebre, por la mayor parte de la población de la capital, que acudía ansiosa á ocupar un lugar desde donde pudiera contemplar punto por punto cuanto iba á pasar en la ceremonia que se preparaba.

“En el Palacio Nacional había multitud de grupos formados por las corporaciones, los empleados y cuantas personas deseaban concurrir á tributar los últimos honores al difunto Presidente de la República.

“Los cuerpos de la guarnición, destinados á formar la columna que había de cerrar la marcha del cortejo, se extendían en una línea de batalla de la derecha de Palacio, á las calles del Reloj, y todos aguardaban en silencio que sonara la hora en que debía dar principio la triste solemnidad.

“A las nueve en punto, fué bajado el cadáver del Sr. Juárez del catafalco en que estuvo expuesto al público en el salón de Embajadores, y colocado en una caja de zinc, en presencia de multitud de espectadores, y presidiendo el acto el Señor Gobernador de Palacio, General D. Francisco Zérega, y el Señor Coronel D. Francisco Novoa, ayudante del Sr. Juárez. Acto continuo se encerró en la caja de zinc, soldada ya, en un sencillo ataúd de caoba, que no tenía otro adorno que dos ramas realzadas de oliva y de laurel, en cuyo centro se destacaban esculpidas estas dos letras: *B. J.*—Camilo, criado de la presidencia, depositó espontáneamente en el féretro una corona de siemprevivas, y el cadáver fué conducido al carro mortuario, bajado por la escalera principal de Palacio. Escoltábanle unos valientes, escogidos entre los que habían acompañado al Sr. Juárez en su azarosa peregrinación hasta la frontera del Norte. Todos ellos tenían los ojos arrasados de lágrimas.

“Mientras tanto, los concurrentes descendían por la escalera del Ministerio de Relaciones al patio de honor, y allí se organizaban para acompañar al cementerio los restos del egregio difunto.

“A las 10 y 10 minutos de la mañana, cuatro cañonazos anunciaron á la ciudad que el cadáver del ilustre difunto salía por la puerta del centro del Palacio Nacional para ser conducido á su última morada.

“Los millares de espectadores que invadían las calles de la carrera que debía seguir la comitiva, se agitaron, y el fúnebre cortejo empezó á desfilar por entre una compacta valla de pueblo en la que se confundían personas de todas clases, edades y condiciones.

“Todos los balcones de las casas particulares de la carrera y de los edificios públicos, osten-



tando enlutados cortinajes, estaban atestados de gente; casi todas las señoras que había en ellos, vestían luto; las azoteas estaban coronadas de inmensa muchedumbre, y en cada encrucijada se aglomeraban y movían miles de individuos, codeándose, enderezándose sobre las puntas de los pies y manifestando una curiosidad ávida para no perder ningún detalle de la majestuosa ceremonia que iba á tener lugar ante sus ojos.

“Una escuadra de Batidores del segundo Cuerpo de Caballería, vestidos de grande uniforme, montados en briosos y magníficos caballos prietos, y conducidos por un sargento primero, guía del expresado cuerpo, rompía la marcha.

“Seguían luego los alumnos de las escuelas municipales y los asilados de los establecimientos de beneficencia, entre los que se había intercalado el Ayuntamiento de Mixcoac, cerrando el grupo el Colegio de Minería y la Escuela de Sordomudos, y formando por todo una masa de cerca de mil individuos. Los pobres niños de las escuelas gratuitas, llevaban en el brazo izquierdo lazos negros en señal de duelo.

“Inmediatamente después, se ostentaba un pabellón blanco coronado por una águila de ébano y adornada con crespones y cordones negros, y que tenía escritas con letras negras también, estas palabras: *Gran círculo de obreros de México*. Dominaba un grupo de doscientos obreros que caminaban de dos en dos y con digno y decoroso aspecto, precediendo inmediatamente á los alumnos de las escuelas Preparatoria, de Jurisprudencia y de Medicina, que venían en seguida.

“Al frente de las Oficinas iban los empleados de la Tesorería General, y confundidos con ellos algunos convidados, entre los que pudimos notar á los Sres. D. Juan Rondero, D. Alejandro Argáandar, y á los miembros de la Comisión Francesa, entre otros los Sres. D. Pedro Martín, Guichenné, Debray, Fourcade, Deverdun, Jauffred y otros varios.

“Detrás de estos señores marchaban los redactores del *Diario Oficial*, los empleados del Correo, del Ministerio de Fomento, de la Diputación y de las recaudaciones de contribuciones, del Ayuntamiento y del Montepío. Luego vimos pasar á un grupo de masones, al Cuerpo Médico y á los empleados de la Aduana y del papel sellado, y á los jueces de lo criminal.

“A los individuos que componen la sociedad de Santa Cecilia y los del Club alemán, que venían inmediatamente después, seguían los empleados del Gobierno del Distrito Federal, los prefectos de las inmediaciones, los oficiales francos, los jefes del Ejército, los empleados de la Comandancia Militar, los Generales y el Ayuntamiento con el Señor Secretario del Gobierno del Distrito.

“Un espléndido carro fúnebre tirado por seis hermosos caballos tordillos cubiertos de negras gualdrapas, conducía el ataúd en que iban depositados los restos mortales del Sr. Juárez. Empuñaba las riendas el cochero Juan Udueta, que había estado con el Señor Presidente en Paso del Norte. Los Señores Magistados D. Luis Velázquez, Director de la Escuela de Jurisprudencia, D. Alejandro García, Comandante General de la plaza, D. Manuel P. Izaguirre, Tesorero General de la Nación y D. Alfredo Chavero, miembro del Ayuntamiento, llevaban, cada uno, un cordón de los cuatro que pendían de los extremos del féretro. Seis lacayos enlutados tenían del diestro los caballos. Los ayudantes del Sr. Juárez y una compañía del 1º de Infantería con su banda escoltaban el cuerpo.

“Luego seguía el carruaje de la Presidencia, vestido completamente de negro y tirado por cuatro caballos tordillos también. Detrás de él venían los Diputados todos que se encuentran en la Capital, los periodistas, los individuos de la Sociedad Filarmónica Mexicana, multitud de abogados y comerciantes, y, por último, los Señores Secretarios del Despacho, el Cuerpo Diplomático y el Señor Presidente Interino de la República.

“Los Oficiales Mayores de los Ministerios hacían los honores de esta manera:

“El Sr. Gómez Pérez, de Gobernación, al Sr. Sánchez Azcona, Presidente de la Diputación Permanente.

“El Sr. Alcaraz, de Justicia é Instrucción Pública, al Sr. Ogazón, Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

“El Sr. Díaz Covarrubias, de Fomento, al Sr. D. José M<sup>a</sup> Iglesias, orador oficial.

“El Sr. Benítez, de Guerra, al Sr. Bliss, Secretario de la Legación de los Estados Unidos.

“Los cuatro Secretarios del Despacho daban la derecha á los Señores Ministros extranjeros.

“Cerraba la marcha la columna de honor mandada por el Sr. General Alcérreca, y organizada de la manera siguiente:

“El Sr. General D. Agustín Alcérreca, con cuatro ayudantes.

“La banda de Zapadores ejecutando varias piezas fúnebres y, reiteradamente, la marcha de “Ione.”

“Los alumnos del Colegio Militar, formados en cuatro mitades y con su digno director al frente.

“Una batería de cañones de á 12 con su dotación correspondiente de hombres y de parque, mandada por el Capitán 1º, Cabrera, y por el 2º, Oliver.

“El primer Batallón de Infantería, al mando del General Yépez, con su banda, y formado en doce mitades.

“El primer Cuerpo del Distrito, con su banda también, que ejecutaba lúgubres melodías.

“El primer Cuerpo de Caballería con su Mayor á la cabeza.

“El segundo, mandado por el Capitán Treviño, y el 11º que llevaba á su frente á un Comandante de escuadrón.

“Entre alumnos, empleados, funcionarios, convidados y soldados, acompañaban el cuerpo del Señor Presidente cerca de cinco mil individuos.

“Nunca se habían visto en México exequias tan concurridas.

“Detrás de la columna venían el carruaje de la familia del Sr. Juárez, el del Sr. Lerdo, el del Sr. Mejía D. Ignacio, el del Señor Gobernador del Distrito y otros cincuenta más, entre los que recordamos los de los Sres. Islas, Barreda, González, Martínez de la Torre, Barron, Rubio, Chavero, Bustos, Gargollo, Lascrain, Yáñez, Iglesias, Julián Montiel, Ramón Fernández, Ramón Guzmán, Luis Rivas, Goytia, Agustín Andrade y Escandón. También iba el coche en que viajó el Señor Presidente desde Monterrey hasta el Río Bravo.

“La comitiva tardó dos horas largas en llegar del Palacio Nacional al cementerio.

“La plazuela de San Fernando estaba rodeada de un cordón de soldados: pasó la comitiva debajo de un arco de triunfo octocolumnario, un poco mezquino, y llegó debajo de un lujoso toldo adornado con cintas de crespón y pisando una alfombra de hojas de mirto y ciprés, hasta la puerta del panteón; allí, en un ángulo del jardín, se había levantado un monumento fúnebre de estilo griego que recordaba en pequeño el Partenon y estaba cubierto de un cortinaje de crespón negro con franjas de oro que pendía de dos órdenes de columnas de estilo jónico. En la parte central de la base, ó primer cuerpo, se veía un trofeo de banderas tricolores dominadas por el águila nacional enlutada: colocóse el ataúd sobre una grande urna funeraria cubierta con coronas de laurel de oro y siemprevivas; en el triángulo superior se veían el alpha y el omega, símbolos de todo principio y de todo fin, y en la cúspide del templete el busto del Sr. Juárez.

“El mausoleo estaba rodeado de cirios colosales; en ambos lados, por la parte anterior, se ostentaban dos magníficos jarrones cinerarios de alabastro, de donde se desprendían, en dos espesas columnas, los vapores del oloroso incienso y de la perfumante mirra.

“Delante del monumento se colocó el porta-estandarte del Batallón de Supremos Poderes, empuñando la bandera nacional enlutada y en medio de una guardia de honor.

“Las paredes todas del jardín de San Fernando estaban tapizadas de merino negro y adornadas con ramos y coronas de tuya y ciprés.

“Sentáronse indistintamente en un millar de sillas y sillones colocados en las calles laterales de la plazuela, los altos funcionarios de la Federación, los diputados, los empleados de las diversas oficinas públicas, los delegados de los residentes extranjeros, los Generales, jefes y oficiales de la guarnición, unas Comisiones de los Estados de Puebla, México é Hidalgo y gran número de convidados.



“A la derecha del templete se sentaron los miembros del Ejecutivo, los del Cuerpo Diplomático, los Oficiales Mayores de los Ministerios, los ayudantes del Sr. Juárez, y los representantes del Poder Judicial y de la Diputación Permanente, en esta forma:

“El Sr. Lerdo de Tejada en el centro; á su derecha el Sr. D. Manuel Dublán, y á su izquierda el Sr. D. José M. Maza, quienes representaban á la familia del Sr. Juárez.

“Junto al Sr. Dublán, el Sr. Lafragua, Ministro de Relaciones, y al lado de éste el Sr. Nelson, Representante de los Estados Unidos y decano del Cuerpo Diplomático; á la izquierda del Sr. Maza, el Señor General Mejía, Ministro de la Guerra, y luego el Sr. Herreros de Tejada, Representante de España; seguían el Sr. D. Francisco Mejía, Secretario de Hacienda, con el barón de Erzenberg, Ministro de Alemania; el Sr. Balcárcel, Secretario de Fomento, y el Sr. García Granados, Enviado Extraordinario de Guatemala; después, el Sr. Alcaráz, Oficial Mayor de Justicia, con el Sr. Ogazón, Presidente de la Suprema Corte, el Señor Comandante General D. Alejandro García, y á corta distancia los Coroneles Díaz, Armendáriz y Novoa, ayudantes del ilustre difunto.

“Del otro lado estaban colocados, cerca del Sr. Nelson, el Sr. Gómez Pérez, Oficial Mayor de Gobernación, que tenía á su derecha al Sr. Sánchez Azcona, Presidente de la Diputación Permanente del Congreso General.

“Pronunciáronse doce discursos.

“El del Sr. Iglesias, con que honramos hoy nuestras columnas, es, como verán nuestros lectores, un modelo de sentimiento noble, de moderación, de corrección intachable; un trozo literario, en fin, digno de Bousset, de Massillon y de Bourdaloue.

“El del Sr. D. Ignacio Silva, que también publicamos, es un arranque de patriotismo y una expansión de gratitud nacional al héroe de la Reforma que fué el salvador invicto de la segunda independencia.

“El del Sr. D. Alfredo Chavero es una brillante y erudita peroración que revela toda el alma y la inteligencia superior del joven y elocuente orador. (Le insertaremos mañana en nuestras columnas.)

“El del Sr. D. Francisco T. Gordillo (habló en nombre de los masones del rito nacional mexicano) es un entusiasta panegírico del Sr. Juárez, que termina con estas palabras: “lo mismo que el Redentor, con su muerte nos ha redimido.”

“El del Sr. D. José María Vigil, representante de los periódicos de la Capital, es un homenaje sincero, expresado en nobles palabras, al gran Juárez, que dió á la prensa una libertad sin límites.

“El del Sr. D. José María Baranda es la expresión lacónica, pero sentida y espontánea, del reconocimiento de la Sociedad Filarmónica mexicana, á la que protegió tan generosamente el Presidente, patrono ilustre de la Instrucción Pública.

“El del Dr. Moron es un tributo de la sociedad médica “Escobedo” al gran patricio, y una dulce lágrima, un himno de ternura de un agraciado á su benefactor.

“El del Sr. D. Victoriano Mereles, orador del “Gran Círculo de Obreros,” una expresión ardiente del cariño que las clases trabajadoras profesaban al grande hombre que las impulsaba en la vía fecunda de la educación y del trabajo.

“La poesía del dulcísimo vate, Sr. D. José Rosas Moreno, fué una verdadera flor de inefable sentimiento ofrecida con exquisita delicadeza.

“Los pequeños discursos de los niños Antonio Alvarez y Salvador Martínez Zurita, alumnos del Tecpan de Santiago, pronunciados con la tímida y trémula voz de la inocencia, hicieron asomar lágrimas á todos los ojos.

“El del Sr. D. Gumersindo Mendoza es una reflexión profunda de un sabio y de un pensador, á la par que el grito de reconocimiento brotado del corazón de un buen ciudadano.

“A la mitad de la ceremonia ocurrió un incidente que hubieron de extrañar los concurrentes, pero que es de fácil explicación: el Sr. Nelson, Ministro de los Estados Unidos, se hallaba

bastante indispuerto; había manifestado con anticipación al Sr. Lafragua, según se nos asegura, que acaso no le sería posible acompañar al Gobierno hasta San Fernando. No obstante, llegó hasta el cementerio y permaneció allí hasta que terminó el discurso del Sr. Silva, pronunciado en representación de la Diputación Permanente del Congreso. Levantóse entonces, se acercó al Señor Presidente de la República y, según pudimos percibir, le presentó sus excusas que fueron amablemente aceptadas, y se retiró.

“Concluidos los discursos, se bajó la caja mortuoria del monumento, y se procedió á la inhumación en el sepulcro de la familia del Sr. Juárez.

“Presidió el acto el Sr. Lerdo, acompañado de sus ministros: en el momento en que se depositaban los venerandos despojos en la cripta fúnebre, se inclinó la bandera, alzóse en la torre de San Fernando una señal, y resonaron veintidós cañonazos. . . . .

“Pensamos entonces en la atribulada familia que debió estremecerse y lanzar un grito de desolación, al oír el lúgubre estampido que le anunciaba que quedaba separada para siempre del padre amoroso é idolatrado.

“Miramos á los amigos, allí presentes, del Sr. Juárez.

“En el semblante del General Mejía, que es siempre la imagen del estoicismo y de la firmeza, se reflejaba un dolor acerbo que ya no podía contener ni disimular; Alcaráz se ocultaba detrás de Vigil para que no vieran las lágrimas que brotaban en abundancia de sus ojos; Balcárcel, con los labios pálidos y la mirada fija, parecía estar petrificado; aterrado estaba Altamirano, Dublán bajaba la vista; Maza volvía la cabeza y no tenía valor de contemplar aquel lúgubre espectáculo; Pancho Mejía consternado, abatido; las contracciones de su rostro demostraban los esfuerzos que hacía para no sollozar; Sánchez Azcona estaba trémulo de emoción; el Sr. Lerdo se sentía oprimido y se apoyaba en su bastón de mando, guardando, merced á un esfuerzo supremo de voluntad, la actitud digna que correspondía á su elevado carácter oficial.

“¡Ah! ¡Aquellos hombres todos estaban hondamente conmovidos!

“A las dos menos cuarto, todo estaba concluido, y se retiró triste y silenciosamente la comitiva.

“El cuerpo de Juárez descansaba en su postrer morada terrenal, y su grande alma desde lo alto de la mansión eterna, debió derramar una suprema bendición sobre sus compatriotas que tanto le amaron, que tanto le respetaron mientras habitó este valle de lágrimas.

“¡Descansa, oh Juárez, en la paz de los justos!”

---

#### NUMERO 24.

El manifiesto del Sr. Lerdo se encuentra en el *Tomo III*.

---

#### NUMERO 25.

La ley de 27 de Julio de 1872, que cita el Sr. Lerdo de Tejada, y que apareció en el *Diario Oficial* del 28, al mismo tiempo que el manifiesto referido en la nota anterior y la convocatoria de la Comisión Permanente, para elecciones de Presidente, concedió amnistía por los delitos políticos cometidos hasta entonces, sin excepción de persona alguna. Prevenía que luego serían puestos en libertad todos los individuos que por tales delitos estuviesen sujetos á cualquiera pena, ó sometidos á juicio, sobreseyéndose en sus procesos. La amnistía dejaba á salvo los derechos de tercero, y los amnistiados, aunque volvían al pleno goce de sus derechos civiles, no los tenían á la devolución de cargos, empleos, etc., de que estaban privados con arreglo á las leyes. Deberían presentarse, en el término de 15 días, las personas que se encontrasen con las armas en la mano, á los Gobernadores ó Jefes Políticos, para poder gozar de la amnistía. Quedaban todavía